

José Javier Abasolo

EL JURAMENTO DE WHITECHAPEL



erein

El juramento de Whitechapel

JOSÉ JAVIER ABASOLO



Es Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto. Ha trabajado como abogado y desempeñado varios puestos en las administraciones públicas, desempeñando sus funciones en la actualidad en el Departamento de Empleo y Asuntos Sociales del Gobierno Vasco.

En el campo de la literatura tiene una larga trayectoria como autor de novela negra, habiendo publicado los siguientes libros: *Lejos de aquel instante* (1997, Premio de Novela Prensa Canaria 1996 y finalista del Premio Hammett 1997, traducido al francés), *Nadie es inocente* (1998, traducido al francés e italiano), *Una investigación ficticia* (2000), *Hollywood-Bilbao* (2004), *El color de los muertos* (2005), *Antes de que todo se derrumbe* (2006, Premio de Narrativa García Pavón 2005), *El aniversario de la independencia* (2006,

Premio Farolillo de Papel del Gremio de Libreros de Bizkaia) y *Heridas permanentes* (2007).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1ª edición: mayo de 2019

Ilustración y diseño de cubierta:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© José Javier Abasolo

©EREIN. Donostia 2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-473-9

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

JOSÉ JAVIER ABASOLO

EL JURAMENTO DE WHITECHAPEL



NOTA DEL AUTOR

Este libro es una novela, una obra de ficción, aunque algunos de sus protagonistas existieron de verdad. Pero desde el momento en que aparecen en una obra de ficción se convierten también, al menos en la novela, en personajes de ficción.

No se pretende, por tanto, dar una versión “definitiva y concluyente” de los sucesos ocurridos el año 1888 en el barrio londinense de Whitechapel ni tampoco de establecer, sin lugar a dudas, la identidad de Jack el Destripador.

Pero si se piensa bien, teniendo en cuenta la solidez de muchas de esas teorías aparecidas últimamente, todas ellas, en opinión de sus autores, definitivas, concluyentes y que, según los mismos, no dejan lugar a la duda, ¿por qué no podría estar esta novela mucho más acertada que esas hipótesis?

Al fin y al cabo, fantasía por fantasía, ficción por ficción, no se puede descartar ninguna de ellas.

Pero como ya se ha advertido al principio, este libro es una novela, tan sólo una novela y, una vez leída, es el lector quien tendrá la última palabra sobre lo que aparece en ella.

Así que dejemos ya que hablen sus protagonistas, los reales y los de ficción.

DRAMATIS PERSONAE

PERSONAJES REALES:

Abberline, Frederick George (1843-1929): Inspector de primera clase de Scotland Yard en los tiempos en los que actuó Jack el Destripador, del que fue uno de sus más infatigables perseguidores. Retirado con honores tras haber obtenido un gran número de menciones de honor a lo largo de su carrera, tuvo también sus detractores, que incluso le acusaron de ser el propio Jack, en un desdoblamiento de personalidad parejo al del doctor Jekyll y Mister Hyde, aunque nunca se pudieron demostrar esas acusaciones.

Anderson, Robert (1841-1918): Comisario-asistente del CID (Criminal Investigating Departement/Oficina de Investigación Criminal) de Scotland Yard, encargado directamente de la investigación de los crímenes de Jack el Destripador, muy criticado en su tiempo por irse de vacaciones en plena investigación.

Arana y Goiri, Sabino Policarpo de (1865-1903): Político vasco, fundador del PNV (Partido Nacionalista Vasco).

Chandler, Joseph (1850-1923): Inspector de Scotland Yard.

Chapman, Annie (1841-1888): Prostituta de Whitechapel, la segunda de las consideradas víctimas canónicas de Jack el Destripador.

Conan Doyle, Arthur (1859-1930): Médico y escritor escocés, creador de las aventuras del celeberrimo Sherlock Holmes y su acompañante, el doctor John Watson.

Gore-Booth, Constance (1868-1927): Conocida también como condesa Constance Markiewicz desde su boda con un aristócrata polaco. Sufragista y revolucionaria irlandesa, que llegó a ser diputada y ministra de Trabajo de Irlanda.

Holland, Emily (1838-¿?): también conocida como "Ellen". Prostituta, amiga de la primera víctima, Mary Ann Ni-

chols.

Kośmiński, Aaron (1865-1919): Barbero judío de origen polaco, que durante un tiempo fue para Scotland Yard uno de los sospechosos de los crímenes de Whitechapel.

Macalister, Alexander (1844-1919): médico de origen irlandés, director de la "Cambridge Anatomical Teaching School".

Phillips, George Bagster (1835-1897): Médico forense de la ciudad de Londres.

PERSONAJES DE FICCIÓN:

Atkinson: Mayordomo de la familia Gore-Booth.

Benjamin: Niño desarrapado, de origen judío, que en ocasiones hace recados para Simon Goldstein.

FitzGerald, Patrick: Sacerdote de origen irlandés, párroco de una pequeña iglesia frecuentada por sus compatriotas residentes en Londres.

Goldstein, Simon: Rabino y banquero londinense, muy influyente en la comunidad judía de Inglaterra.

Green, Pauline: Doncella de la familia Kingsfield.

Hillary: Otra doncella de la familia Kingsfield.

Hurley, Francis: Delincuente londinense conocido como "The Hammer", El Martillo, por la costumbre que tiene de usar ese instrumento para realizar sus actos delictivos.

James: Camarero del club londinense del que es socio Charles Kingsfield.

Kingsfield, Charles: Amigo londinense de Sabino Arana que hace de "cicerone" para éste mientras se aloja en su mansión familiar y le arrastra a investigar los asesinatos de prostitutas que están produciéndose en el barrio de Whitechapel.

Kingsfield, Elizabeth: Hermana de Charles Kingsfield e hija de sir Peter.

Kingsfield, sir Peter: Próspero hombre de negocios que ha accedido al título de lord y a un puesto en la Cámara de los Lores, que acepta ser mentor del joven Sabino Arana por haber conocido en tiempos pasados a su padre.

Latimer, John: Secretario particular de lord Kingsfield.

Murphy: Tabernero de Whitechapel, propietario de un local al que acude en ocasiones Charles Kingsfield.

O'Bannion: Socio y compatriota de O'Malley.

O'Malley, Sean: Irlandés de gran estatura que en ocasiones trabaja para Charles Kingsfield.

Richardson: Médico con consulta y clínica abierta en Londres, viejo compañero y amigo de Arthur Conan Doyle.

Sanders: Agente de Scotland Yard, compañero del inspector Chandler.

Taylor: Conductor del coche de la familia Kingsfield, que también ejerce, llegada la ocasión, de guardaespaldas.

Timothy: Criado de la familia Kingsfield.

CAPÍTULO I LA CONFESIÓN DE SABINO

1

Cuando alguien está a punto de ser fusilado son muchos los sentimientos que afloran. Rabia, temor, tristeza. Sobre todo tristeza. Una tristeza infinita. También odio, por supuesto, sería absurdo negarlo, aunque procuro evitarlo al máximo, si bien no lo consigo del todo. Es comprensible. Al fin y al cabo soy humano y el odio, como el amor, es uno de los sentimientos más humanos que existen. Pero soy también sacerdote y no puedo permitirme odiar. No debo permitirme odiar. Se supone que los seguidores de Jesucristo predicamos el amor, no el odio o la guerra. ¡Se suponen tantas cosas que luego no se cumplen! En este mismo momento otros sacerdotes, incluso antiguos discípulos o compañeros de seminario que se creen los adalides de la auténtica fe y la palabra de Dios, están ayudando a las tropas sublevadas contra la República a matar, torturar, saquear, violar y exterminar a quienes consideran sus enemigos, los enemigos de Dios y de la Patria. Hombres que yo creía que eran buenas personas, entregadas al prójimo –y seguramente ellos siguen pensando eso de sí mismos–, no dudan en practicar cualquier aberración contraria a los mensajes evangélicos con tal de que triunfe el levantamiento militar que con tanto entusiasmo han apoyado.

Y lo más curioso, por no decir que lo más triste, es que he sido yo el tachado de mal sacerdote por haberme man-

tenido fiel a mis principios y haber sido capellán de un batallón del Euzko Gudarostea, las tropas que el gobierno del lehendakari Agirre organizó para luchar junto a la República contra los militares sublevados. Si no fuese algo tan trágico sería casi cómico. Que a mí, que me he mantenido fiel al gobierno legítimamente constituido y a sus instituciones, vayan a fusilarme por un delito de apoyo a la rebelión.

Pero no son éstos momentos para lamentaciones. Al menos, no para lamentos personales, porque no dejo de sufrir en mis carnes el desgarrar de mis compatriotas. De todos mis compatriotas, tanto de aquellos con quienes he convivido al servicio de mi pueblo como de quienes luchan en el bando de enfrente. Ellos también mueren en una guerra despiadada y sin sentido y dejan viudas y huérfanos. Es el signo de las guerras, de todas las guerras. Nunca aprenderemos que jamás hay vencedores y vencidos, que todos somos en realidad vencidos, aunque aparentemente triunfemos. Lo que no es precisamente el caso del bando republicano, podría añadir irónicamente, aunque me temo que tampoco éste sea un tiempo para ironías. Ni seguramente lo serán los futuros, tal y como está transcurriendo la contienda.

Me comunicaron la sentencia hace un par de días. Quien vino a leérmela fue precisamente un viejo alumno al que hace ya muchos años di clases en un seminario. Tras recriminarme que jamás hubiese esperado eso de mí –me imagino que con la palabra “eso” se refería a mi lealtad a la República– y desearme, con cierto escepticismo, que Dios se apiadara de mi alma, me preguntó si quería confesarme, a lo que, para su sorpresa, respondí negativamente. Me imagino que pensó que yo ya estaba perdido para la causa y que mi alma se pudriría eternamente en el Infierno. En su ignorancia o prepotencia, o más posiblemente en una combinación de ambas, no se dio cuenta, o tal vez no quiso darse cuenta, de que no soy el único sacerdote encarcelado y condenado a muerte y que intentamos animarnos los

unos a los otros y al resto de nuestros compañeros de infortunio, ya sean católicos, agnósticos o ateos. Aquí, además de nacionalistas, están encerrados también un buen número de republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas y puedo decir, sin por ello apostatar de mi fe, que antes me fiaría de ellos que de muchos de mis hermanos en el sacerdocio. Por eso no me confesé con ese cura faccioso que, sonriendo satisfecho, me anunció mi próxima muerte. Ya lo he hecho con uno de los que están aquí encerrados y eso me permitirá morir en paz, dentro de lo posible. Porque a estas alturas de mi existencia no quiero ser hipócrita. El que crea en la existencia de Dios y su bondad no significa que lo tenga muy claro. Ni mucho menos que no le tenga miedo a la muerte. Nadie quiere morir, ni siquiera los sacerdotes. ¿Y si estamos equivocados y después de esta vida no hay nada? Supongo que tampoco sería una tragedia. Uno no es consciente del vacío, y si no se es consciente, tampoco se sufre, así que a fin de cuentas, ¿qué más da?

Me parece que estoy divagando aunque, por otra parte, ¿qué se puede hacer cuando uno sabe que va a morir en pocas horas salvo divagar, reflexionar, filosofar? Sobre todo si, como es mi caso, ya no se tiene una familia en la que pensar. Mis padres fallecieron hace muchísimos años, al igual que mis hermanos, alguno de ellos a consecuencia de esta malévola guerra. Es cierto, de todos modos, que tengo un montón de sobrinos, entre ellos varios combatientes en los que pienso a menudo y recuerdo en mis oraciones, pero en el fondo mi carga no es comparable con la del condenado a muerte que se obsesiona con qué les va a ocurrir en el futuro, cuando él ya no esté, a su mujer y sus hijos. Así que hago lo único que puedo hacer, tras haberme confesado y comulgado con uno de los sacerdotes prisioneros con los que he trabado amistad, pensar y recordar, recordar y pensar. No sé si es un consuelo o una maldición, pero es lo único que me queda.

Y ese constante recordar y pensar, pensar y recordar, ha hecho que vuelva a mi mente una vieja historia que no tenía olvidada, pero sí arrinconada en un lejano lugar de mi memoria. Otra confesión en la que yo oficié de confesor y el penitente, por su parte, era un hombre aún joven, pero que se hallaba, como yo en estos momentos, próximo a entregar su alma a Dios. No porque hubiera sido condenado a la pena capital, sino porque su delicada salud estaba a punto de quebrarse definitivamente.

En aquella época, hablo del año 1903, yo acababa de salir del seminario y había sido destinado a un hermoso pueblo costero de mi Vizcaya natal, Sukarrieta. Mi conocimiento del idioma propio del lugar, el euskera, y el hecho de que tuviera antecedentes familiares en la localidad coadyuvaron a que me enviaran allí como adjunto del párroco. Era éste un hombre ya mayor, octogenario, que falleció muy poco tiempo después de mi llegada, lo que me obligó, pese a mi juventud y escasa experiencia, a hacerme cargo de la parroquia. Intenté hacerlo lo mejor que pude y poco a poco fui ganándome la confianza de sus habitantes. Por eso, cuando aquella fría mañana del mes de noviembre de 1903 me avisaron para que fuera a visitar a un enfermo, no me extrañó. No me extrañó, en efecto, pero sí que tengo que admitir que despertó en mí una fuerte curiosidad.

El hombre que estaba a punto de fallecer, y al que debía administrarle el sacramento de la extrema unción, era aún una persona joven. No había cumplido los treinta y nueve años todavía, si bien en la última década su nombre no dejó de sonar constantemente por todo el país ya que había levantado, pese a su juventud, un movimiento político que en el futuro iba a cambiarlo casi radicalmente. Su nombre completo era Sabino Policarpo de Arana y Goiri, pero era más conocido como Sabino Arana o, simplemente, como Sabino, el fundador del PNV, el Partido Nacionalista Vasco.